

*El guerrero número 13*. Dirección: John MacTiernan. Guión: William Wisher y Warren Lewis, sobre la novela de Michael Crichton *Eaters of the Dead*. Intérpretes: Antonio Banderas, Diane Venora, Dennis Storhoi, Omar Sharif. Distribuida por Buena Vista Home Video. Nacionalidad: Estadounidense. 1999.

Sí, han leído bien. Esta pequeña nota es sobre una película, y además, una película de Antonio Banderas, adaptación de *Eaters of the Dead*, de Michael Crichton, autor que parece haber orientado últimamente su indudable olfato comercial hacia la Edad Media, lo cual, empero, no creo que sirva para despertar muchas pasiones fervorosas por los estudios medievalistas. Crichton adopta un interesante punto de partida (obviado en el filme): la novela narra ciertos hechos que pudieron haber servido de sustrato para múltiples leyendas y cantos; una larga tradición épica que tal vez desembocase en el poema *Beowulf*. Esta es la explicación de que los hechos, personajes, etc., del relato de Crichton no necesariamente coincidan con los de la epopeya anglosajona. Pero esta reseña no trata del libro, sino de la película.

Y, ¿por qué la película, y por qué aquí? Yo siempre sostuve ante mis alumnos la enorme ventaja que les suponía estar aprendiendo lo que coloquialmente denominábamos “la lengua del imperio”. Independientemente de otros gustos más académicos que les podrían haber conducido a esos estudios, además tenían en la calle y en los tipos de esparcimiento más “in”, material más que de sobra para aprender fonética, léxico, gramática, “usage”... Parecería que la Inglaterra medieval, ciertamente, su lengua y, desde luego, la lingüística diacrónica no fuesen campo muy propicio para esta peculiar clase de aprovechamiento, al menos en lo que al cine se refiere, aunque pueden citarse algunas películas que llegaron a ser muy populares en su día, como *Los vikingos* de Richard Fleischer (1958).

Pues bien, *El guerrero número 13* es una película con todos los ingredientes de lo comercial, sin faltarle uno, como muestra su recaudación en taquilla y su éxito en los videoclubs. Además puede emplearse, sin reparos, en toda aquella asignatura, curso, cursillo, etc., que tengan que ver con el mundo anglosajón y con *Beowulf*. De ahí el “quid” de esta reseña, que aboga

por la utilización, sin ningún tipo de complejos, de estos productos, cuando surgen y nos dan la oportunidad, como es el caso.

Su utilidad más inmediata es la ilustrativa, a modo de las imágenes en los libros de texto. Algunas de ellas son obvias: la reproducción minuciosa de los barcos vikingos, de las espadas, de los funerales, del “hall” de Hrothgar y de la vida en el mismo, el contraste entre el calor en su interior y el clima del norte, el deseo del héroe de que sus hazañas pudieran ser dignas de ser cantadas o el gusto de los nórdicos por los cantos épicos... Las líneas generales del argumento de *Beowulf* o pasajes literales (el heraldo de Hrothgar recibiendo a los guerreros en la playa, el altercado de Beowulf - Bulywif en la película- con Unferth en el banquete) se reconocen también con facilidad. Sólo por esto es ya un film recomendable en nuestras asignaturas, máxime cuando, para bien o para mal, la cultura de nuestro tiempo tiene un componente audiovisual que no podemos ignorar, y al que, seguramente, nuestros alumnos están mucho más habituados que los de años atrás. Otros elementos requieren un poco más de esfuerzo o de conocimientos para ser identificados, lo cual, a mi modo de ver, refuerza su valor didáctico: por ejemplo, la bolsa de monedas que un guerrero arroja a los pies de los amigos de otro al que acaba de matar en un duelo; el nombre “wergild” no se menciona en absoluto. En otro momento, la banda de Bulywif se dirige a las cuevas de los “wendols”, los atacantes del pueblo de Hrothgar, que se hallan en unos acantilados y van en fila india. La asociación con los versos de *Beowulf* que narran el camino a la guarida de la madre de Grendel (un pasaje, por cierto, absolutamente cinematográfico, “travelling” incluido) y, más en concreto, con el hemistiquio *enŷe aƿpaŷas* pudiera sonar muy forzada. Sin embargo, el caso es que ésa es la única vez en todo el filme que estos guerreros cabalgan en fila india.

Lo enumerado hasta ahora es material común de asignaturas tales como la literatura, la historia o el comentario filológico de textos. También pueden encontrarse, sin embargo, elementos útiles para la historia de la lengua inglesa o la lingüística diacrónica en general. En la primera parte de la película, a los “hombres del Norte” se les oye hablando lo que se supone es su lengua de la época, ya que el embajador árabe que, por una serie de circunstancias, les acompañará en su aventura, y desde cuyo punto de vista está narrado el film, aún no la ha aprendido (cuando lo haga, les oiremos hablar en

castellano<sup>1</sup>): un oído atento se percatará, sin duda, de muchas palabras indudablemente germánicas y claras conexiones con el Inglés Antiguo, muy notablemente, verbos, numerales y nombres cuando los guerreros se van ofreciendo para la peligrosa empresa, de uno en uno: “Yo seré el primero, yo el segundo...”.

Pero las lenguas germánicas antiguas no son las únicas que se oyen; Ibn Fadlan, el embajador árabe, viaja acompañado de un viejo amigo de su padre que le sirve de intérprete, no porque conozca el nórdico... sino el griego y el latín. Es en esta última lengua en la que podrán entenderse con los “hombres del Norte” porque uno de ellos, el más astuto y hábil, por cierto, la habla y se presta a hacer de interlocutor y a explicarles lo que va ocurriendo. Hoy en día, no se puede esperar de muchos alumnos de Filología que reconozcan la lengua latina: todo lo más, repararán que las lenguas extrañas del film son dos (o tres, si incluimos la breve frase dicha en griego). De ahí que entre los activos de *El guerrero número trece* deba contarse su ilustración del concepto de “lingua franca” y del papel que como tal jugó el latín en el mundo y la época en la que se desarrolla esa historia.

Al lingüista no se le escapan tampoco los términos en los que el héroe pregunta a Ibn Fadlan si sabe leer, la respuesta de éste, y la petición que le hace más adelante, cuando ha aprendido: “¿Sabes dibujar los sonidos?” “Sí, y sé hablarlos después”, “Árabe, habla mi dibujo”. Ni los términos, ni cómo emplearlo como muestra de la diferencia cualitativa entre habla y escritura ni, por qué no, las posibilidades de propaganda subliminal. De nuevo es posible que se trate de algo fortuito, pero el hecho es que los personajes que más destacan en la película, bien por su inteligencia, valor, astucia o capacidad de liderazgo, son, justamente, los que hablan más de una lengua, saben leer y escribir o les interesa aprender.

Quisiera terminar manifestando mi convencimiento de que este tipo de obras debe ser presentado ante nuestros estudiantes como lo que son, es decir, un ladrillo más en el edificio de una larga tradición cultural, que sigue viva puesto que sus elementos se han utilizado para un producto concebido, desde el primer momento, para el gran público, y para un público joven. Nuestros estudiantes deberían aprender a su luz, la enorme diferencia existien-

---

<sup>1</sup>No he tenido oportunidad de hacerme con la versión original en inglés

te entre la simple visión de una obra o su apreciación cuando somos capaces, si la ocasión surge (no siempre se da), de situarla en el lugar que le corresponde en esa tradición a la que antes aludía, identificar muchos de sus elementos y sus porqués, y relacionarlos con otros, independientemente de que posteriormente se pase, o no, a una valoración crítica. Esta es otra de las razones por las que *El guerrero número trece* se gana, en mi muy humilde opinión, su derecho a ser reseñado en una publicación de talante universitario: nos sirve para hacer nuestro trabajo, el cual consiste, fundamentalmente, en crear en los universitarios una cierta actitud ante cualquier producto cultural y en proporcionarles las herramientas intelectuales acordes con la misma.

Trinidad Guzmán  
Universidad de León

\* † \*